

LOS SECTORES POPULARES URBANOS Y SUS ORGANIZACIONES

I. Observaciones Iniciales.

Este documento pretende entregar un panorama descriptivo preliminar que permita una primera caracterización de los sectores que integran el mundo popular urbano, en el entendido que hay importantes vacíos de conocimiento por llenar y desafíos prácticos por resolver. Constatamos, además, respecto de estos sectores, que su reconocimiento enfrenta obstáculos de mayor dificultad que los que experimentan actores y movimientos sociales tradicionales en el escenario político nacional (partidos, sindicatos, campesinos). Obstáculos que, a nuestro juicio, se explican por:

1. Tradiciones históricas que, mientras legitiman políticamente a determinados actores (privilegiadamente, partidos y sindicatos), deslegitiman o subordinan el rol de otros (como ha sido, en especial, con las organizaciones de pobladores).
2. Transformaciones estructurales de la sociedad chilena en la que, alterados el patrón de desarrollo y los mecanismos de inserción económica y política, se amplifica y complejiza la composición y rasgos del mundo popular urbano, al tanto que otros actores más tradicionales sólo parecieran experimentar alteraciones de magnitud.
3. Los cambios cualitativos que acompañan el crecimiento del mundo social de la marginalidad urbana, torna particularmente ambigua su caracterización. Mientras que en el pasado, el "poblador" que vivía una condición de marginalidad urbano-ecológica era, a su vez, integrable por un modelo de modernización industrialista que creaba espacios de inserción asalariada y, desde allí, mecanismos de inserción política, actualmente el "poblador" vive una condición genérica de "exclusión integral". Segregados espacialmente en la ciudad, fuera del sistema de relaciones económicas formales, sin perspectivas de ocupación o inserción educativa estable y ajenos a los mecanismos institucionales de expresión y representación social, cultural y política, los sectores populares urbanos, no sólo difieren cualitativamente de los de ayer sino, también, respecto de quienes -como el movimiento sindical- forman parte, en algún plano, de un mundo socialmente inclusivo (ocupacional, cultural, institucional).
4. Lo anterior nos lleva a sostener que, aunque las transformaciones estructurales están a la base de los cambios de magnitud y cualidad que desigualmente experimentan distintos actores nacionales, éstas no son capaces de explicar el por qué de ciertas formas de articulación, organización, pautas de comportamiento, movilización y, eventualmente, conformación de un movimiento social. Esto es particularmente cierto para los sectores sociales que integran este mundo hete-

rogéneo y difuso de lo "poblacional", "marginalidad", "pobreza", "exclusión". "desocupación", etc.

II. Los sectores populares: dimensiones y rasgos de la exclusión.

Si bien estos sectores comparten con otros la exclusión política y, en tal sentido, la existencia de la dictadura y las prácticas del autoritarismo le dan sentido nacional a un proyecto democrático para el conjunto de la sociedad chilena, la manera en que la exclusión política pesa en el mundo popular es, en cambio, distintiva y específica. Hecho que se puede atribuir a las condiciones globales de exclusión que experimentan estos sectores y, a partir de allí, a las respuestas con que enfrentan su situación, así como a las respuestas de los que miran desde afuera (desde la dictadura, pero también desde la oposición política socialmente integrada).

Así, los marginados del trabajo, ingresos, alimentos, salud, educación, etc. son también los marginados de vivienda, equipamiento y servicios urbanos, conformándose una realidad de carencias económicas, sociales y culturales que se superponen e integran en un espacio territorial compartido.

a) La dimensión económico-social de la exclusión popular.

Sobradamente se ha señalado en qué medida el proceso de desindustrialización propio del modelo económico implementado por la dictadura ha afectado seriamente a los trabajadores y provocado una situación de desocupación y subempleo estructural a nivel nacional (1). Esto significa (si tomamos las cifras oficiales, que son inferiores a las de otras fuentes) (2) que un millón de personas en edad de trabajar carece totalmente de empleo o sólo consigue ocuparse en los programas estatales de subsidio a la cesantía (PEM-POJH). Si bien esto ocurre en general en el país, la distribución social del fenómeno es profundamente desigual: la cesantía y la participación en el PEM o POJH es particularmente extensa en los sectores de más bajos ingresos de la población, los que habitan en las áreas urbanas más deterioradas y empobrecidas de las ciudades (3).

Si a ese masivo contingente de desocupados, les agregamos a todos aquellos que reconocen alguna ocupación fuera del sistema de relaciones económicas formales (empleo doméstico y toda la gama de servicios personales; comercio ambulante y pequeño comercio doméstico; talleres, etc.), la cifra asciende entonces a un millón y medio de personas en edad de trabajar. El 40% de la fuerza de trabajo del país está, por lo tanto, excluida o marginalizada económicamente.

Aunque en su totalidad comparten la ausencia de ingresos regulares, la pérdida de perspectivas de ocupaciones estables y de un marco social de relaciones en torno al trabajo, si bien todos ellos comparten una progresiva pobreza que se hace permanente y que deteriora sus condiciones y calidad de vida, el impacto

de estos hechos en sus percepciones y prácticas es desigual, atendiendo a la heterogeneidad de los integrantes de esta nueva fuerza de trabajo excluida: crecido ingreso de ex obreros (4) con experiencia laboral, calificaciones y tradición organizativa, mayormente provenientes de las industrias y de la construcción, en ramas que alimentaron fuertemente el sindicalismo así como las más importantes corrientes de la izquierda política tradicional o histórica; importante incorporación de mujeres y jóvenes (5), ambos sin experiencia laboral o calificaciones previas, de escasa o ninguna tradición organizativa laboral y política, y que ingresan al mundo de las ocupaciones marginales y del PEM como respuesta a la prolongada cesantía o subocupación que afecta a los jefes de hogar en sus respectivas familias.

Es esta heterogeneidad social en la marginalidad económica la que, en parte, podrá explicar algunas de las respuestas políticas y organizativas que nacen en el mundo popular (como veremos más adelante).

b) La dimensión espacial-cultural de la exclusión popular.

Los sectores populares son, como se describió, víctimas de una política económica que los identifica con pobreza pero también, como veremos, herederos de una política urbana que le da contenidos culturales específicos a la manera en que se vive la exclusión o marginalidad económica.

Se produce una segregación espacial de la pobreza que concentra a estos sectores mayoritariamente en las áreas más deterioradas de las ciudades. Careciendo de cifras nacionales desagregadas regional y localmente, veamos algunos indicadores en Santiago. De las 15 comunas que componían el área metropolitana hasta fines de 1984 (6), un total de 9 concentraba en 1982 la mayor parte de un conjunto de indicadores expresivos de deterioro generalizado: contaminación atmosférica, localización de industrias, inadecuado manejo de la basura, falta o mala distribución de áreas verdes, escasa arborización en las calles, hacinamiento y promiscuidad, escasez de viviendas, falta de servicios básicos en las viviendas, exceso de asentamientos provisionales, insuficiente y mala localización de establecimientos de salud, deterioro e insuficientes locales escolares, insuficiente transporte y falta de red de alcantarillado. Y de estas 9 comunas particularmente algunas se ven más afectadas: Puente Alto, Pudahuel, Renca, La Florida, Maipú y La Granja. Son éstas las que, desde 1982, se convierten en receptoras de la mayoría de los campamentos erradicados, siguiendo una política gubernamental que termina por concentrar en estas comunas ya empobrecidas a la mayor parte de los habitantes de asentamientos ilegales y/o precarios: de las 15.808 familias erradicadas de 89 campamentos de Santiago entre 1982 y 1984, el 78% es radicado en La Granja, Renca y Puente Alto.

Sin duda, las razones de estas medidas tienen sentido político: por un lado, concentrar a los más necesitados o excluidos (suponiéndoles una alta potencialidad de conflicto) en áreas urbanas ya marginalizadas que permitan su control

y, por otro y dadas esas características, esconder de la imagen pública la magnitud y extensión de la exclusión.

Si en 1983, las exitosas tomas de terreno en La Granja que dieron lugar a los campamentos Silva Henríquez y Fresno fueron la primera manifestación más visible de la intensidad del fenómeno de la marginación urbana combinada con marginación económica, el terremoto de marzo de este año termina por desnudar dramáticamente el problema: por una parte, entonces, la problemática de los "allegados"; por la otra, el enorme déficit de viviendas. Se calcula que sólo en Santiago, 135 mil familias de bajos ingresos viven como allegadas (concentrándose en la región metropolitana el 60% de los allegados del país): en los campamentos mencionados, el 87,3% de sus familias había vivido como allegada hasta períodos mayores de 6 años antes de la toma. Y el fenómeno de los allegados es la expresión de un déficit habitacional que, según estimaciones de la iglesia, habría crecido de 550 mil a 800 mil viviendas en la última década (7). Con el terremoto este déficit aumenta en aproximadamente 200 mil viviendas adicionales.

La traducción cuantificable de este fenómeno de exclusión urbana -no habiendo información actualizada, pero según antecedentes históricos- podemos estimar que afecta a un tercio de la población en Santiago: si consideramos el último censo (1982), aproximadamente un millón docientas mil personas vive en condiciones precarias y/o extremas de vivienda, equipamiento y servicios urbanos en general y, asimismo, concentradas en ciertos espacios definidos de la ciudad.

Esta concentración urbana de la carencia puede ser fuente, como intenta destacar la dictadura, de violencia, anarquía, delincuencia, conflicto y traducirse, por la intervención represiva, en miedo, inmovilismo, pasividad, desesperanza. Pero también puede ser fuente, como los hechos han demostrado, de una cultura de relaciones y prácticas al interior de un espacio territorial compartido, dando lugar a ciertas respuestas políticas y organizativas (como también veremos a continuación).

III. Las organizaciones poblacionales: diversidad de actores populares.

Una primera constatación es que estos sectores, a diferencia de las visiones que les atribuyen una intrínseca disposición a la dispersión, anomia, atomización e incapacidad de comportamiento orientado hacia objetivos o metas, revelan niveles de organización y prácticas colectivas tanto o más significativas que otros sectores sociales. Si tomamos en cuenta la variedad de organizaciones populares que caen en el radio de acción solidaria realizada por la iglesia y otras instituciones no gubernamentales de apoyo, podemos estimar que aproximadamente un 20% de la población que habita las áreas urbanas marginales y empobrecidas de la región metropolitana está directamente incorporada a dichas organizaciones y/o se beneficia del trabajo organizacional (por la extensión de los servicios de las organizaciones a la familia popular en su conjunto) (8).

Y en estas estimaciones no incluimos organismos partidarios que funcionan localmente, así como organizaciones políticas poblacionales puesto que, a pesar de conocerse su existencia y emerger en determinadas coyunturas, ni su presencia ni militancia es pública y, además, parte de sus miembros participa en la variedad de organizaciones sociales existentes. Por otro lado, y aunque con signo político opuesto, la disposición de estos sectores a organizarse también aparece en la afiliación a organismos oficiales, especialmente juntas de vecinos y centros de madre (9).

a) Tipos de organización.

Según su composición social interna y objetivos, podemos distinguir distintos tipos de organización popular que tienen localización territorial (y, en tal sentido, todas ellas son poblacionales).

- Organizaciones expresivas de identidades colectivas: cuyo propósito fundamental es la construcción de un espacio grupal, colectivo, a través del cual se recuperan y/o alimentan algunos elementos comunes de identidad en sujetos expuestos, por las condiciones vigentes, a la desintegración, atomización, dispersión (hecho particularmente fuerte en los jóvenes, quienes mayoritariamente integran estas organizaciones): comunidades cristianas de base, grupos artísticos y culturales, agrupaciones poblacionales juveniles y de mujeres.
- Organizaciones de defensa y protección ante la represión: que son, por la naturaleza de sus actividades, las más próximas a organizaciones u orientaciones políticas. Las más estables y con larga trayectoria poblacional son los comités de base de derechos humanos; las más recientes y cuya existencia está ligada a la coyuntura, son algunos grupos de salud poblacional (surgidos y fortalecidos en torno a las protestas). Si bien de composición heterogénea, también se aprecia en éstas una importante participación juvenil.
- Organizaciones de subsistencia: que, desde 1981, han experimentado una notable expansión y adquirido mayor permanencia y estabilidad. Hay una variedad de este tipo de organizaciones (laborales y productivas, de consumo y de servicios), pero han tendido a crecer con mayor rapidez las destinadas a la alimentación (en especial las ollas comunes) y los talleres laborales femeninos (ambas, organizaciones que descansan principalmente en el trabajo de la mujer). Sin tener datos precisos podemos estimar que, en torno de la subsistencia, se agrupa más de la mitad de los sectores populares organizados en la actualidad.
- Organizaciones reivindicativas: que son, dentro del ámbito poblacional, las que más se acercan a las formas tradicionales de organización popular propiamente poblacional (comités sin casa, por ejemplo) o del campo del trabajo asalariado (sindicatos de trabajadores independientes o eventuales) y que reclutan principalmente fuerza de trabajo masculina desocupada o subocupada. La reivindicación por vivienda en un caso, o por empleo y/o condiciones de trabajo (en el caso de

los intentos de organización sindical de los trabajadores del PEM), se combina con iniciativas laborales transitorias para sobrevivir (bolsas y comités de cesantes).

- Organizaciones poblacionales políticas: en las que habría que distinguir grupos locales, vecinales y hasta comunales, que se plantean finalidades o propósitos políticos vinculados a alguna problemática poblacional específica, sin referencia o adscripción partidaria alguna; de aquellas organizaciones que se erigen como los referentes político-partidarios en el trabajo poblacional general y en la representación de los intereses urbano-populares (especialmente, coordinadoras de carácter regional - Dignidad, Metropolitana de Pobladores, COAPO y Solidaridad- siendo la primera representativa del espacio socialista "renovado"). Con escasa militancia (en general, éstas son instancias de participación de dirigentes), en rigor la intención de estas organizaciones es vincularse más directamente con grupos y organismos sociales de base, al considerarlos genuinos centros de nucleamiento poblacional y el lugar donde se produce -en la práctica diaria- si no la politización, la participación colectiva activa más permanente. La presencia de antiguos cuadros populares en la conducción de esta organización es excepcional (aquellos que se gestaron en la época del movimiento poblacional más activo), primando la participación de una dirigencia joven, nueva, formada directamente en el activismo de su zona poblacional.

b) Características diferenciales de las organizaciones y sus miembros.

En general, todos estos diferentes tipos de organización comparten una seria dificultad para articularse y mantienen formas y niveles reducidos, estrechos y locales de actividad. Antes de la implantación del estado de sitio y en el curso de 1983-1984, habían empezado a producirse algunas iniciativas interesantes de coordinación, tanto de un mismo tipo de organizaciones (por ejemplo, coordinadoras comunales de ollas comunes o de comprando juntos), como de diferentes tipos de organización poblacional (Coordinadoras de Organizaciones Populares -COP- en varias zonas de la capital). Dada la represión reciente y el inmovilismo que ello ha provocado, particularmente en las organizaciones poblacionales más definitivamente políticas (se estima que, entre otros efectos, está la pérdida de varios cientos de dirigentes poblacionales, en su mayoría jóvenes: algunos presos y relegados; emigrados en mayor proporción), este proceso de articulación sólo se mantiene en algunas organizaciones sociales de subsistencia que son las que, proporcionalmente, más han crecido en este mismo período.

Junto a las limitaciones que estas organizaciones experimentan para ampliar las redes de relaciones entre sí, también comparten su origen similar: en general, han nacido por apoyos y estímulos externos. No obstante su inicial dependencia, en su mayoría estas organizaciones tienden a la autonomía en su desarrollo y a buscar mecanismos de mayor autosuficiencia.

Estos rasgos compartidos por la diversidad de organizaciones poblacionales existentes, señala las limitaciones y dificultades para constituir, en el actual contexto de exclusión económica y política, un movimiento poblacional propiamente tal, marcándose además un conjunto de rasgos específicos que quisiéramos mencionar.

- En relación a los contenidos. Las organizaciones de base tienden a representar los intereses más inmediatos de sus miembros y, por lo mismo, se perciben muy diversas unas de otras. Este inmediatez en los objetivos organizacionales, que hacen autorreferidas a las organizaciones y sus miembros, provoca una gran distancia entre la organización social y la política. Mientras los partidos siguen preocupados por una convocatoria general, apelando a la problemática nacional, las microorganizaciones se construyen en el diario vivir y en los problemas particulares de cada grupo (incluso las organizaciones políticas de base han surgido muy vinculadas a las actividades de agitación coyunturales y específicas de cada sector: el paro comunal, la organización vecinal de la protesta, etc.). Esto explica que para los sectores que buscan organizarse resulten más atractivos y próximos los organismos sociales, por contraste con los de carácter político-partidario, y que la tensión entre ser militante de organización social-militante de partido, resulte frecuentemente conflictiva.

La distancia que se sostiene, entonces, entre la organización social y la política nace de una doble dificultad: por un lado, de un modelo represivo y excluyente que impide o dificulta romper las barreras del encierro y desintegración popular y, por otro, de las limitaciones que sufren las organizaciones políticas, incapaces hasta ahora de construir una propuesta popular global, alimentada por la diversidad de intereses e iniciativas que en concreto viven los sectores populares organizados.

- En relación a la composición. Las organizaciones más directamente asociadas a las necesidades poblacionales que crea la exclusión económica y urbana, tienden a reclutar mayoritariamente a jóvenes y mujeres, quedando los hombres adultos, en general, concentrados en organizaciones reivindicativas más tradicionales. El ex obrero -que hoy cesante queda recluso en la población- lejos de transmitir y utilizar su experiencia organizativa y política en el mundo poblacional, intenta evadirse de él, ya sea por la militancia tradicional en organizaciones más propiamente de trabajadores o bien de partidos que, usualmente, no valoran la acción y trabajo político poblacional específico y que asumen la población sólo como lugar de movilización y agitación (actitud propia del sindicalismo, por una parte, y del socialismo histórico, por otra).

La mujer y el joven tienen una vocación poblacional mucho más marcada y definida, pero carecen de la experiencia e inserción que permita darle proyección y sentido propositivo a su participación organizada. Siendo las organizaciones

sociales el lugar en que jóvenes y mujeres adquieren experiencia, capacidad de rearticulación, ejercicio en trabajos y prácticas más colectivas (y, por tanto, un rol social más concientemente asumido), no brindan, desafortunadamente, sino espacios de prácticas autorreferidas e inmediatistas (obstáculos que podrían ser superados en un contexto de mayor apertura e integración social).

- En general, la politización en el ámbito poblacional surge desigualmente de estos rasgos: para el ex trabajador, sólo y en la medida que se desarrolle el trabajo partidario más clásico (de allí que la fuente de politización sea, para éstos, privilegiadamente el sindicalismo y, necesariamente, el mundo del trabajo). Para el joven y la mujer popular, contrariamente, la población, la residencia, el espacio urbano, es actualmente (y lo ha sido marcadamente en los últimos años) el lugar más importante de organización, de activismo, de participación regular, de oposición y, por tanto, fuente de politización.

IV. Interrogantes y desafíos para una propuesta democrática popular de perfil socialista.

No obstante que hay mayor capacidad de organización en estos sectores de la que usualmente se le atribuye, y a pesar de que estos sectores no difieren, en tal sentido, de los niveles y dimensiones organizativas alcanzadas por otros estratos sociales, lo cierto es que son muchos más los no organizados y que tienen comportamientos espontáneos, escasamente comprendidos y asumidos por las organizaciones existentes. Poco sabemos, así, de los factores que explican la disposición o la resistencia a organizarse, así como poco se ha profundizado en los factores que explican, dentro de la opción por organizarse, las alternativas disidentes, no oficiales o bien las oficialistas.

Y estas interrogantes son fundamentales de responder, porque resulta ser que la organización actual, la respuesta más asociativa o grupal, es expresiva de la capacidad de recomposición de un tejido social roto, cuestión que parece ser decisiva en sectores tan golpeados por la exclusión.

Si observamos la manera en que actualmente se produce la reconstitución de los variados actores poblacionales, veremos que en términos generales se da un conjunto de pautas de comportamiento colectivo que siguen dos direcciones diversas: a) orientaciones ligadas a las necesidades cotidianas de vida de los sectores populares que, si bien no recogen un conflicto manifiesto, son expresivas de los diarios enfrentamientos de estos sectores con los factores que determinan su exclusión: especialmente en el plano de la subsistencia material y cultural o de identidades propias; b) movilizaciones y luchas circunstanciales que expresan abiertamente el conflicto entre estos sectores y el modelo dominante: especialmente en el plano de la exclusión económica y política. Estos dos caminos diversos en que se construye el actor popular urbano recoge, como eje central,

el fenómeno genérico de la exclusión (como exclusión integral o multidimensional) y, como demanda básica, la búsqueda de inclusión o integración, aunque sea parcial (particularmente, en la dimensión económico-laboral).

En otras palabras, la constitución política de los actores poblacionales gira en torno a la más elemental y primaria de las demandas democráticas: la de reconocimiento como ciudadano con derecho de existencia social en el concierto nacional.

Cómo transformar esta primaria reivindicación democrática de inclusión en una propuesta política con sentido y proyección nacional, es decir, cómo pasar de la inicial reconstitución de un tejido social roto a la conformación de un movimiento social en el ámbito urbano-popular, es parte de los desafíos de un proyecto democrático con perfil socialista. Para este caso, es necesario explorar algunas áreas temáticas y responder determinadas interrogantes que sólo enunciaremos.

- Cómo puede contribuirse a la formación de un movimiento poblacional con capacidad de articular la diversidad y heterogenidad social de sus componentes e intereses.
- Cómo puede dársele contenido político real a un proceso de autonomía en dicho movimiento, tanto en relación a la esfera estatal como partidaria.
- Cómo plantearse la necesaria inclusión de los sectores populares en distintos momentos o etapas, desde una perspectiva socialista. En otros términos, cómo definir tareas democráticas que, desde ahora, sean capaces de otorgarle protagonismo participativo a los sectores populares en nombre de quienes se erigen las propuestas:
 - 1) en su rearticulación o reorganización interna.
 - 2) en su incorporación democrática a la economía (las relaciones entre la economía popular y el conjunto de la economía y las relaciones entre las unidades económicas y el Estado).
 - 3) en su incorporación democrática a la política (las relaciones entre institucionalidad democrática y gestión cotidiana ciudadana: gobierno local y participación popular).

NOTAS

- (1) Entre 1961/70 la tasa promedio de desocupación real fue del 6,4% de la fuerza de trabajo; entre 1971/1973 del 3,9% y entre 1974/83 del orden del 20% (en 1984 se mantuvo en torno al 24%).
- (2) Si se trabaja con las cifras de la Universidad de Chile (encuesta de Ocupación y Desocupación) éstas crecen considerablemente: para septiembre de 1984 casi 200 mil más cesantes o adscritos al PEM-POJH que los reportados por el INE.
- (3) Es imposible obtener datos nacionales al respecto, pero estudios parciales revelan la magnitud del fenómeno: en Santiago, el 50% de los jefes de hogar de los Campamentos Silva Henríquez y Fresno carecían de empleo al momento de la toma y 20% reportaba la realización de algún trabajo eventual ("pololito"). Antes del terremoto, que desnudó la pobreza escondida tras las fachadas de las habitaciones del centro de Santiago, el 30% de los jefes de hogar de cités, residenciales y pasajes estaba desocupado, cifra que subía al 56% de los otros miembros de la familia en edad de trabajar.
- (4) La clase obrera del sector productivo disminuyó entre 1971/82 casi en un 30% (disminución que en la construcción afectó casi al 50% de sus obreros entre 1971/82).
- (5) La fuerza de trabajo femenina total pasó de 768 mil mujeres en 1971 a 1.104.100 en 1982, mayoritariamente localizada en ocupaciones marginales, PEM o cesantes y/o buscando empleo por primera vez. La fuerza de trabajo juvenil (entre 15 y 24 años) pasó de 703.900 en 1971 a 946.900 en 1982 y tiene una localización mayoritaria similar a la de la mujer en ocupaciones marginales, PEM o cesante y/o buscando empleo por primera vez.
- (6) Los datos que disponemos son anteriores a la subdivisión de esas 15 comunas, ocurrida a fines de 1984; subdivisión que, de todos modos, no altera el fenómeno descrito sino que lo redistribuye en la nueva composición de las comunas.
- (7) En 1982, las estimaciones del déficit habitacional oscilaban entre las 774.113 viviendas según fuentes oficiales, hasta 846.488 según el Colegio de Arquitectos.
- (8) En esta estimación no se incluyen las organizaciones surgidas desde marzo 1985 como resultado del terremoto y que ha ampliado considerablemente el número de organizaciones y su cobertura social (incorporación de sectores usualmente reacios a la organización, como son los estratos empobrecidos del centro de Santiago, zona urbana de pretendida fachada de solvencia económica).

- (9) Según indica un estudio reciente en 8 municipios del país, alrededor del 25% de la población residente participa en las juntas de vecinos. Aunque en dicho estudio se sostiene que existiría una relación entre pertenencia a estas unidades y disposición u orientación autoritaria, no hay que menospreciar el peso que tiene la necesidad de sobrevivir en la decisión de pertenencia a una instancia organizativa oficial (particularmente con estratos sociales tan pauperizados).